

Las seis edades del mundo llegan a su fin... Nuevas propuestas sobre la periodización de la historia en la cristiandad occidental (siglo XII)¹

José Miguel de Toro Vial

Universidad Católica de la Santísima Concepción

Resumen

Hacia el siglo XII comienza en Occidente una escritura de la historia que introduce nuevas divisiones en la cuenta del tiempo, superponiéndose a la tradicional partición en seis edades. Los nuevos cortes responden a una reflexión que tiene que ver con acontecimientos políticos y militares, es decir con la historia secular. Esto significa que el devenir de la humanidad comenzó a ser comprendido y enseñado no sólo en base a categorías filosóficas o teológicas, sino también por la significación de hechos particulares relevantes para la sociedad del cronista. El presente artículo analiza este proceso por medio de tres vías: el uso del concepto *modernus-modernitas*, la aparición de periodizaciones y la estructura de las crónicas.

Palabras clave

Siglo XII - periodización - crónicas.

Abstract

The Six Ages of the World come to their end... New proposals on the periodization of History in Western Christendom (XIIth century). Towards the XIIth century, historical writing in the West begins to introduce new divisions in the account of time, superimposing them on the traditional division in six ages. The new division of time responds to a reflection that has to do with political and military events, this is, with secular history. This means that the history of mankind began to be understood and taught not only on the basis of philosophical and theological categories, but also on the significance of particular facts, relevant to the chronicler's society. This paper analyses this process by means of three ways: the use of the concept of *modernus-modernitas*, the appearance of new periodizations and the structure of the chronicles.

Keywords

XII Century - periodization - chronicles.

¹ Trabajo presentado en el III Simposio Internacional de Estudios Medievales, organizado por el Centro de Estudios Medievales y la Universidad Gabriela Mistral, 25 al 27 de septiembre de 2013.

La historiografía cristiana nace con la pluma de escritores como Julio Africano († c.240) y Eusebio de Cesarea († 339). A partir de la tradición clásica grecorromana, estos autores introdujeron elementos nuevos en la concepción de la historia. Uno de los más importantes tiene que ver con la periodización del tiempo, que está en estrecha relación con una concepción peculiar de la Historia Universal, como pusieron de relieve los filósofos Étienne Gilson y Henri de Lubac en los años 30 del siglo pasado¹. A partir de san Agustín († 430), la historia era dividida en seis grandes edades (*ætates*) durante las cuales se desarrolla el devenir terreno de la humanidad. Estas edades quedaron delimitadas por los grandes hitos de la tradición judeo-cristiana: la creación del mundo, el diluvio universal, la vida de Abraham, el reinado de David (o la construcción del templo de Jerusalén, por Salomón), la cautividad en Babilonia y, por último, el nacimiento de Cristo, que inaugura la sexta edad. Esta última se prologa hasta la segunda venida del Mesías para juzgar a los hombres en el final de los tiempos².

A este entramado teológico venía en ayuda la teoría clásica de las edades del ser humano, provenientes del historiador romano Floro († c.140) y retomadas por el apologista Lactancio († c.325)³. Puesto que el hombre, en cuanto “microcosmos”, es un reflejo del “macrocosmos”, reproduce en sí mismo las grandes relaciones a nivel de elementos y fuerzas que se observan en el universo. La lógica dicta que la historia de éste último debe estar reflejada en la partícula menor. Y a la inversa, si la vida normal de un ser humano debe atravesar siete etapas, el cosmos no debería regirse de una forma diferente⁴. Así, la distinción en edades permitía encajar adecuadamente la historia humana con las *ætates* del hombre: *infantia*, *pueritia*, *adolescentia*, *iuventus*, *gravitas*, *senectus*, *decrepita*, todo lo cual contribuía a agudizar aún más el simbolismo.

En el siglo VIII, el historiador anglosajón Beda el Venerable († 735) enriqueció el esquema incorporando dos nuevas edades, pero no ya dentro de la historia

¹ Fundamentalmente a partir de E. Gilson y su obra *L'Esprit de la Philosophie Médiévale*. Véase especialmente la Segunda Serie, cap. IX, 181-201: “Le moyen âge et l'histoire”. También H. de Lubac, *Catholicisme. Les aspects sociaux du dogme*. Posteriormente, contribuyó en el mismo sentido M.D. Chenu, *La Théologie au Douzième Siècle*, en particular en cap. III: “Conscience de l'histoire et théologie”, 62-89.

² Agustín de Hipona, *De Genesi contra Manichaeos*, I, 23; *Enarrationes in Psalmos*, Ps. 92, 1.

³ E. Baura, *Ætates mundi sunt... La división de la historia durante la Edad Media (siglos IV a XIII)*, 56.

⁴ El debate sobre la duración de las edades del hombre, qué años comprendía cada una, o bien, si había una octava edad distaba mucho de estar resuelto. Sin embargo, esto no impidió que los autores hicieran la relación entre las edades del mundo y del ser humano, la mayoría de los cuales consideraba siete.

propriadamente hablando, sino en lo que podríamos llamar una “meta historia” en el sentido más propio. La séptima edad es aquella que comienza con la muerte y se prolonga, para las almas de los difuntos, hasta la resurrección de los cuerpos y el juicio final; aquí comienza la octava edad, la del descanso eterno y definitivo⁵.

La utilidad que los precedentes judíos y la tradición greco-romana otorgaban a los cronistas cristianos era evidente, puesto que permitían organizar la “historia de la salvación” (*historia salutis*) poniendo de manifiesto las intervenciones de la divinidad. Estas seguían un proceso semejante al de la creación del mundo según la narración bíblica: Dios trabajó durante seis días y al séptimo descansó, pero continúa guiando al género humano a través del tiempo, pasando por la caída y la redención, hasta su culminación en el retorno a la casa del Padre. Así la historia era concebida con una fuerte carga providencialista⁶.

Al esquema anterior se superponía otra concepción de la historia, también desarrollada por los apologistas cristianos, que dividía el acontecer humano en función de la relación de la criatura con el Creador, delimitando tres eras. El período *ante legem* iba desde la caída de Adán hasta la organización del pueblo escogido gracias a la dirección de Moisés; *sub lege* correspondía a la preparación del pueblo para recibir al Mesías; y finalmente, la historia *sub gratia* es el período inaugurado por la irrupción en el mundo de la gracia, obtenida por la muerte y resurrección de Cristo. Esta es, pues, la era última y definitiva o la “historia eclesiástica”, en palabras de Eusebio de Cesarea⁷, es decir, la historia entendida como el acontecer de la humanidad bajo el alero de la Iglesia, dispensadora de la salvación universal. De hecho, como explica Martin Aurell, toda la historiografía medieval es historia eclesiástica⁸.

⁵ Beda, *De temporum ratione liber*, 10 y 71.

⁶ J. Aurell et al., *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, 65-68.

⁷ En la introducción de su *Historia*, Eusebio de Cesarea declara: ‘Es mi propósito consignar las sucesiones de los santos apóstoles y los tiempos transcurridos desde nuestro Salvador hasta nosotros; el número y la magnitud de los hechos registrados por la historia eclesiástica y el número de los que en ella sobresalieron en el gobierno y en la presidencia de las iglesias más ilustres, así como el número de los que en cada generación, de viva voz o por escrito, fueron los embajadores de la palabra de Dios’ (I,1,1). El caso de Eusebio es muy significativo puesto que escribió dos obras mayores en el ámbito de la historiografía: los *Cánones cronológicos*, conocidos como su crónica universal, y la *Historia eclesiástica*, consagrada a relatar la historia de la predicación apostólica y de la Iglesia primitiva. Cuando redactaban sus obras, los autores cristianos tenían en mente estos dos modelos de trabajo histórico. Véase B. Guenée, “Histoire, annales, chroniques. Essai sur les genres historiques au Moyen Âge”, 282-283.

⁸ M. Aurell, “L’historiographie ecclésiastique en Occident (IVe -XIIe siècles): Providence, type, exemple”, 58-60.

Gracias a la autoridad de Agustín de Hipona, estos esquemas no tardaron en imponerse. El obispo africano, sin interesarse directamente por la historia⁹, sentó las bases de una sólida filosofía del devenir que sirvió para el desarrollo de la historiografía cristiana propiamente tal. Esto no impidió, sin embargo, que hubiera con frecuencia discusiones sobre la duración de las edades, que podía variar entre algunos cientos o miles de años, o los hitos que marcaban el paso de una a otra, como la figura de Moisés, inicialmente dejada de lado. El mismo Beda puso en tela de juicio la duración del mundo aceptada hasta entonces. Rescatando el recuento temporal de años contenido en la versión hebrea de la Biblia (*veritas Hebræa*), dilató en más de un milenio la consumación de los tiempos. En cualquier caso, en todo esto puede apreciarse que la visión de la historia, y en particular su periodización, reposaba en consideraciones de carácter teológico y marcadamente exegético¹⁰.

Durante siglos, los cronistas occidentales se basaron indefectiblemente en estos esquemas, especialmente en el de las seis edades que fue, sin lugar a dudas, el más empleado. Eduardo Baura analiza con detalle este particular en su estudio sobre las *Ætates mundi*. Allí identifica la *Chronica maiora* de Isidoro de Sevilla († 636) como el primer trabajo de carácter historiográfico que aplica la división agustiniana de las seis edades del mundo. El investigador destaca la figura del obispo hispano por ser el primero en servirse de una filosofía de la historia para elaborar una herramienta de trabajo historiográfico, en cuanto método de análisis hermenéutico¹¹. A la zaga del hispalense, cuya influencia en el occidente latino fue extensísima¹², los monjes desarrollaron las llamadas “crónicas universales”, donde pretendían relatar los principales acontecimientos de la historia de todos los pueblos (o al menos de los grandes imperios), desde la Creación hasta el momento presente. Además de Isidoro y Beda, ya

⁹ Según J.M. Dewart, el obispo de Hipona no buscaba la exactitud histórica sino la coherencia teológica. Ni siquiera estaba interesado particularmente en el pasado y justificaba el relato histórico sólo en cuanto permite instruir al simple. Véase J.M. Dewart, “Augustine’s struggle with time and history”, 477-482.

¹⁰ Paralelamente había otra forma de periodizar, de un carácter levemente más secular: la teoría de los cuatro imperios universales (asirio, medo-persa, macedónico y romano). Esta concepción de la historia en base a la sucesión de cuatro estructuras políticas tiene su origen en la historiografía griega. Producto de la influencia helenística que se hizo sentir en Palestina tanto como en otros lugares, esta teoría quedó plasmada en el libro de Daniel, de donde la tomarían después los escritores cristianos. De manera que para los cronistas, los cuatro imperios remiten finalmente a presupuestos bíblicos. Véase A. Momigliano, *Contributions à l’histoire du judaïsme*, 65-69; 145-148. Véase también Dn. 2, 1-45.

¹¹ Baura, *Ætates mundi sunt*, 74.

¹² J. Fontaine, *Isidoro de Sevilla: Génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempo de los visigodos*, 287 y ss. J.C. Martín, *La tradition indirecte de la Chronique d’Isidore de Seville*, 170-223.

mencionados, podemos agregar a Pseudo Fredegario (siglo VII), Freculfo de Lisieux (1ª mitad s. IX), Adón de Vienne († 875)¹³, y un sinnúmero de crónicas y anales anónimos, prácticamente todos deudores de la estructura en seis edades¹⁴.

Hasta el siglo XII, la filosofía de la historia y la práctica historiográfica iban de la mano. La historia se escribía siguiendo el esquema de las edades bajo la concepción providencialista de origen agustiniano. En esta centuria, caracterizada por un movimiento amplio de renovación cultural denominado “Renacimiento del siglo XII”, las crónicas comienzan a presentar novedades en relación a la cuenta del tiempo y a la periodización del mismo. Surgen nuevas propuestas que remiten a una filosofía de la historia también novedosa. Aunque no siempre tuvieron un correlato en el oficio de los cronistas.

Esta disociación puede conducir a una mala comprensión de la escritura de la historia. Hemos de tener cuidado de analizar la historiografía medieval sólo a partir de filósofos o teólogos de la historia, dejando al margen las obras de los cronistas. Según Jacques Paul, en el siglo XII prevaleció la división tripartita de la historia. Esta afirmación reposa en el análisis de las obras de Ruperto de Deutz († 1129/30), Anselmo de Havelberg († 1158) y Joaquín de Fiore († 1202), pensadores que inauguraron la visión trinitaria de la historia, añadiendo un carácter marcadamente apocalíptico y, en cierta medida, milenarista¹⁵. Lo sigue el estudio de Eduardo Baura, quien añade que esta nueva forma de dividir la historia terminó sobreponiéndose a la teoría de las seis edades¹⁶. Sin embargo, no se aprecia así en las crónicas del período. De hecho el mismo Paul indicaba el destino que tuvieron los nuevos planteamientos: ‘Estas tentativas de sobrepasar el relato llevan en ellas mismas el germen de su fracaso. Permiten razonar, hacer teología y abandonar el análisis de los acontecimientos. La especulación global sobre la historia desemboca en ideologías teológicas’¹⁷.

En el siglo XII aparecen efectivamente nuevas formas de periodización de la

¹³ Véase Pseudo Fredegario, *Chronicarum libri IV*; Freculfo de Lisieux, *Chronicon*; Adón de Vienne, *De sex ætatibus mundi*.

¹⁴ Por ejemplo la *Crónica universal hasta 741*, *Crónica albeldense* (883), *Annales Hersfeldenses* (973), *Annales Hildesheimenses maiores* (984), *Annales Quedlimburgenses* (1030) y los *Annales Hildesheimenses* (1040).

¹⁵ J. Paul, *Histoire intellectuelle de l'occident médiéval*, 177. Estas reflexiones no dejan de ser inquietantes, puesto que ninguno de los tres intelectuales que sirven de base para el análisis es un cronista, propiamente hablando.

¹⁶ Baura, *Ætates mundi sunt*, 99.

¹⁷ Paul, *Histoire intellectuelle*, 177.

historia, pero no sólo en el plano de la discusión filosófica y teológica, sino también en el quehacer del historiador medieval. Ciertamente no puede hablarse de un reemplazo, ni siquiera de un desplazamiento del esquema de las seis edades, que seguirá vigente hasta bien entrada la Época Moderna. Las nuevas propuestas, sin embargo, se transformaron en ejercicios cada vez más frecuentes y a la postre terminaron imponiéndose.

Lo anterior podemos apreciarlo a través de 3 vías: la instalación de términos y conceptos en la discusión historiográfica; la reflexión sobre la periodización propiamente tal, pero esta vez al interior del discurso histórico; por último, la división de las obras en libros y capítulos.

En primer lugar observamos el uso de ciertos términos que comienzan a aparecer en las historias. En particular, se aprecia el relieve que adquirió el adjetivo latino *modernus* y su derivado *modernitas*¹⁸. El caso más paradigmático nos lo ofrece Gualterio Map († 1209), clérigo galés al servicio de Enrique II Plantagenêt, canciller de Lincoln y luego archidiacono de Oxford. En su obra *De nugis curialium*, este define la “modernidad” a partir de un criterio exclusivamente cronológico:

Estas cosas han sucedido en nuestros tiempos. Por “nuestros tiempos” me refiero a esta modernidad, es decir el curso de los últimos 100 años, cuyo término aún se desarrolla, cuyo recuerdo de todas las cosas que han sido dignas de contar es suficientemente reciente y claro, cuando hay todavía algunos ancianos centenarios vivos, y hay innumerables hijos que poseen, por la narración de sus padres y abuelos, un conocimiento cierto de cosas que no han visto. Digo que esos 100 años que acaban de suceder constituyen “nuestra modernidad”¹⁹.

Como ejemplo de acontecimientos modernos menciona la instalación de los templarios y hospitalarios en Jerusalén, y la reconquista española. Hemos de notar, pues, el doble componente de esta “modernidad” del galés: la memoria viva (que se relaciona con la historia y el pasado) y el ciclo vital (los 100 años que teóricamente puede vivir una persona). Ciertamente, Gualterio reconoce en otro pasaje de la obra que la antigüedad conserva su prestigio y su autoridad, pero no parece que haya aquí la condenación a lo moderno o lo novedoso, condenación atribuida con frecuencia al pensamiento medieval, en cuanto que privilegiaba por sobre todo la autoridad

¹⁸ A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, 409.

¹⁹ *De nugis curialium*, Dist. I, 30: ‘Nostris hec sunt orta temporibus. Nostra dico tempora modernitatem hanc, horum scilicet centum annorum curriculum, cuius adhuc nunc ultime partes extant, cuius tocius in his que notabilia sunt satis est recens et manifesta memoria, cum adhuc aliqui supersint centennes, et infiniti filii qui ex patrum et auorum relacionibus certissime teneant que non uiderunt. Centum annos qui effluerunt dico nostram modernitatem.’

de lo antiguo; la célebre disputa entre los *antiqui* y los *moderni*. En cambio, parece más razonable relacionarlo con lo que decía un contemporáneo a cientos de kilómetros de las Islas Británicas, Diego García de Campos († 1217/18), canciller de Castilla durante el reinado de Alfonso VIII. En su obra *Planeta*, de fines del siglo XII o quizás principios del XIII, escribía: ‘muchas cosas ignoraron los antiguos que han conocido los modernos’ (*plura ignoraverunt antiqui que noverunt moderni*); exclamación que denota un orgullo poco común hasta entonces por ampliar las fronteras del conocimiento, y que García de Cortázar calificó como ‘una de las expresiones más rotundas de conciencia de modernidad’²⁰. Esta tensión se expresa también en el uso de los términos *novus*, *novitas*, entendiendo las *nova* como opuestas a las *vetera*. Sin embargo, como explica Jacques Le Goff, durante el siglo XII cambia la mentalidad respecto de la valoración de la “novedad”. De ser un término cargado de significado negativo, pasa a tener una connotación neutra y paulatinamente se vuelve positivo²¹.

Desde el punto de vista historiográfico, la *modernitas* se opone necesariamente a la Antigüedad. Honorio Agustodunense († c. 1156), monje de origen irlandés establecido en tierras del Imperio germánico, usa el nacimiento de Cristo no sólo como hito para apoyar la cronología sino también como categoría aplicable al relato histórico, en una concepción del pasado. Este autor divide la historia en 10 tiempos o momentos, cinco antes de Cristo y cinco después. Hasta ese momento se usaba el *Anno Domini* que venía de la época de Beda²², pero no existía el “antes de Cristo” como categoría histórica. Honorio es el primero en usarla²³. Y es también con este autor que aparece expresamente el término “historia antigua”, como un concepto referido a la historia de los bárbaros. En su gran crónica titulada *Summa totius de omnimoda historia* se lee: ‘*Greci autem historiam barbaram [antiquam] a Nino Assiriorum ordiuntur*’²⁴.

En segundo lugar, tenemos las reflexiones sobre la periodización, donde destaca Raúl de Diceto († 1202). Decano de la catedral de San Pablo de Londres, este inglés es un cronista en toda regla. En uno de los prólogos de su obra *Abbreviationes chronicorum* advierte al lector que divide la historia en tres grandes períodos u *ordines* de cómputo, que califica de la siguiente manera:

²⁰ J. A. García de Cortázar, “El Renacimiento del siglo XII en Europa: Los comienzos de una renovación de saberes y sensibilidades”, 34.

²¹ J. Le Goff, “What did the Twelfth-Century Renaissance mean?”, 641-642.

²² Baura, *Ætates mundi sunt*, 83.

²³ H. de Lubac, *Catholicisme*, 118. Honorio Agustodunense, *Expositio in Cantica Cantorum*, III, 7, v. 5.

²⁴ Ms Viena, *Österreichische Nationalbibliothek*, 382, f. 24r. La palabra entre paréntesis corresponde a un añadido interlineal de la misma mano, que desarrolla la noción de *historia barbara*.

Vetustissima, Vetera y *Moderna*²⁵. Pero no se trata, como podría pensarse, de una nueva nomenclatura para la antigua división *ante legem, sub lege, sub gratia*. La etapa *Vetustissima* de la humanidad abarca tanto el período anterior a Moisés como el posterior, llegando hasta la venida de Cristo. La historia *Vetera*, por su parte, empieza con la recuperación de la Gracia y concluye nada menos que en el año 1147. Aquí comienza la época *Moderna*, que prosigue hasta el fin de la obra en 1200.

Como tercer punto de análisis y quizás el más importante, tenemos la disposición material de las obras o la *ordinatio* de las crónicas, como la llama Mireille Chazan. Esto consiste fundamentalmente en la articulación de los contenidos para conseguir un resultado unitario con una redacción uniforme e integral de la historia. Dicho de otro modo, es la forma de presentar el relato, que va desde la división discursiva en libros y capítulos hasta la organización material de la escritura (columnas paralelas, párrafos, cuadros de texto, etc.). Para la estudiosa francesa, la *ordinatio* generalmente se reduce a dos posibilidades: en forma de *chronica* o de *historia*, aunque en muchos casos reconoce la existencia de una estructura mixta²⁶. En este sentido, la *ordinatio* de las crónicas universales del siglo XII también da señales de una concepción de la historia. En ellas se observa un tratamiento temático que difiere ostensiblemente de la repartición en seis edades. A continuación presentamos algunos de los casos más emblemáticos.

Frutolfo de Michelsberg († 1103) terminó su crónica universal en 1101 sin cortes ni divisiones de ningún tipo. El abad Ekkehard de Aura († post 1125) continuó la obra hasta 1125²⁷ y la alteró de manera que la historia del mundo aparece segmentada por los siguientes hitos:

1. Fundación de Roma;
2. Nacimiento de Cristo;
3. Carlomagno;
4. Enrique V (1106).

Como apuntó H.W. Goetz, se trata de un recorrido por los principales acontecimientos.

²⁵ R. de Diceto, *Abbreviationes chronicorum*, Prologus.

²⁶ M. Chazan, *La méthode critique des historiens dans les chroniques universelles médiévales*, 224. Esta idea fue incoada por Anna Dorothee von den Brincken, cuando clasificó las crónicas universales en tres tipos: *series temporum, mare historiarum* e *imago mundi*, según la disposición material del contenido. Véase A.D. von den Brincken, *Die lateinische Weltchronistik*, 47-57.

²⁷ Hacemos notar que, en la edición de MGH a cargo de Georg Waitz (1844), el *Chronicon* de Frutolfo de Michelsberg aparece bajo la autoría exclusiva de Ekkehard (*Ekkehardi Uraugiensis chronica*). El error fue subsanado en la edición de F. J. Schmale y I. Schmale-Ott (1972).

tecimientos del pasado imperial germánico²⁸. Esta particular forma de dividir el discurso fue la tónica general de los cronistas del espacio alemán, dada la lógica vinculación de los autores con el poder imperial y la primacía de una historia vinculada a motivaciones de orden político.

Otón de Freising († 1158) superpone distintos sistemas de periodización. Enmarca su *Historia de duabus civitatibus* en las *ætates* del mundo, los cuatro imperios e incluso determina tres grandes edades: desde la Creación hasta Cristo, desde Cristo hasta Constantino y desde éste hasta su propio tiempo²⁹. Pero todas estas reflexiones se quedan en el plano puramente teórico. La división de los capítulos de la obra, sin embargo, es más detallada y está dada por acontecimientos políticos significativos para el imperio:

1. La caída de Sardanápalo (primera *translatio imperii*);
2. Julio César – Augusto – Cristo;
3. Constantino;
4. Rómulo Augústulo y el ingreso de los francos en la Galia;
5. El enfrentamiento entre Carlos, Lotario y Luis;
6. Enrique IV († 1024);
7. Conrado III († 1152).

Por ello Eduardo Baura califica la visión de Otón como laica, y le concede incluso el mérito de ser un precedente de la periodización moderna de la historia³⁰.

Esta misma estructura se aprecia en los escritos de Godofredo de Viterbo († post 1191), otro ferviente partidario de la política germánica. En sus escritos conocidos como *Memoria seculorum* y *Pantheon*, este autor incorpora más cortes de carácter secular, por lo general vinculados con la trayectoria del Imperio, para estructurar las *Particulæ* que conforman el relato:

1. Alejandro Magno, protagonista de la tercera *translatio imperii*;
2. La caída de Cartago, que marca el comienzo de la hegemonía romana;
3. Diocleciano, reformador de la estructura imperial;
4. Carlomagno, restaurador de Roma y primer esplendor del Imperio germánico;
5. Federico Barbarroja, cruzado y ejemplo eminente de soberano³¹.

²⁸ H. W. Goetz, *The Concept of Time in the Historiography of the Eleventh and Twelfth Centuries*, 147-148.

²⁹ Esta tripartición de la historia ya había sido advertida por S. Stelling-Michaud, *Quelques aspects du problème du temps au moyen âge*, 20. Véase la *Historia de duabus civitatibus*, I, 5; VIII, 14.

³⁰ Baura, *Ætates mundi sunt*, 95-96.

³¹ Para el análisis aquí presentado, hemos utilizado la versión del *Pantheon* editada por J. Pistorius y B.G. Struve (eds.), *Scriptores rerum Germanicarum*, 2. El *Memoria seculorum* ha sido consultado en el manuscrito París, BNF, lat. 4896, ff. 1r-163v. Junto con estos hitos, Godofredo intercala otros sucesos también de carácter más o menos político, pero con menor significación

Esta concepción es aún más evidente en el pequeño tratado que lleva por título *Speculum regum*. Al pasar revista a los gobernantes que han precedido a Federico Barbarroja, Godofredo organiza la materia formando dos grandes bloques. El primero va desde el gigante Nimrod, el primer rey sobre la faz de la tierra³², hasta Tarquinio el Soberbio. El segundo comienza con Príamo, rey de Troya, y termina con los soberanos francos Pipino el Breve y Carlomagno³³.

En el espacio francés y anglo-normando los hitos divisorios de las crónicas no están tomados de la trayectoria del Imperio. El *Libellus de recordatione temporum* fue escrito por un exiliado inglés en el monasterio de Pontigny (Francia), en 1173³⁴. Los cuatro libros de que consta la obra comprenden las siguientes etapas:

1. De la Creación a Julio César;
2. De Cristo al año 591;
3. Del papa Gregorio Magno al año 1000;
4. Del año 1000 a 1173.

El relieve que cobra aquí Gregorio Magno († 604), cuyo pontificado va del 590 al 604, se explica bien si tenemos en cuenta el origen del autor. En efecto, fue gracias a este pontífice que la Isla de Gran Bretaña se incorporó a la Cristiandad, por medio de la evangelización y el contacto permanente con la Sede de Roma. Es importante constatar también que el *Libellus* utiliza fechas para señalar las fisuras, en vez de un evento concreto o el gobierno de un soberano.

Guido de Bazoches († 1203), canónigo de Châlons-sur-Marne, redactó hacia finales de siglo una extensa *Chronographia*³⁵. El marco temporal que otorga a cada uno de los siete libros que componen la obra revela otra partición historiográfica. A partir de la Creación, la periodización se estructura con los siguientes hitos:

1. Nabucodonosor;
2. Cristo;
3. Constantino;
4. Carlomagno;
5. Hugo Capeto y Guillermo el Conquistador;
6. 1ª cruzada;
7. 3ª cruzada (1189-1192).

desde el punto de vista de la historia imperial: el emperador persa Darío, el rey Antíoco Epifanes, Conrado III.

³² Gn, 10,8-12.

³³ G. Waitz (ed.), MGH, SS, 22 (1872), 21-93.

³⁴ Véase el manuscrito París, BNF, lat. 4893, ff. 1r-59r.

³⁵ Véase el manuscrito París, BNF, lat. 4998, ff. 35r-64v.

Podemos observar aun otras periodizaciones por la vía de los hechos. Durante el siglo XII encontramos autores que compusieron dos trabajos: uno de historia antigua, remota, donde narran los orígenes del mundo y de los pueblos, quizás también del reino; y otra de historia actual o historia “moderna”. Podemos tomar dos ejemplos. El primero es el monje benedictino Hugo de Fleury († post 1119). En primer lugar escribió su *Historia ecclesiastica* que abarca desde la Creación del mundo hasta la muerte de Carlomagno. En la segunda versión amplió el relato hasta 855, época del emperador Lotario³⁶. La historia reciente en cambio fue el objeto de una segunda obra, el *Liber qui modernorum regum Francorum continet actus*, consagrada a los acontecimientos sucedidos entre aproximadamente 855 y la muerte de Felipe I de Francia († 1108)³⁷. El segundo ejemplo es Raúl de Diceto, cuyas *Abbreviationes chronicorum* antes mencionadas comienzan con la Creación y terminan en 1147. Como complemento a este tratado de antigüedades (historia *vetustissima* y *vetera*), Raúl escribió las *Ymagines historiarum* que llevan el relato desde 1149 a 1200³⁸, lo que coincide con la fase *moderna* de la historia en su conceptualización.

Esta práctica de distinguir las obras abocadas a la historia lejana de aquellas que tratan los acontecimientos recientes comienza a hacerse cada vez más frecuente. Pero no se trata de escribir una historia universal continuándola hasta el propio tiempo y en paralelo una historia del reino o pueblo (*gentes*) como hicieron Isidoro, Beda y otros en la Antigüedad Tardía³⁹. Lo que prima en los ejemplos que hemos visto es un criterio cronológico de división de la historia. Igualmente en Otón y Godofredo quienes, además de sus crónicas universales, describieron la gesta del gran soberano de su época Federico Barbarroja⁴⁰. Todo esto nos habla de una conciencia de la propia historia como algo distinto de ese pasado remoto que tuvo por protagonistas a judíos, babilonios, griegos

³⁶ Waitz (ed.), MGH, SS, 9 (1851), 337-364. Véanse también los manuscritos París, BNF, lat. 4963, ff. 2r-111v (1a versión) y París, BNF, lat. 14625, ff. 1r-84v (2a versión).

³⁷ Waitz (ed.), MGH, SS, 9 (1851), 376-395. La continuidad histórica entre la *Historia ecclesiastica* y el *Liber modernorum* se hace patente al constatar que el epílogo de la primera versión de la *Historia* no fue incluido en la segunda sino que fue refundido y presentado, en parte, en el prólogo del *Liber modernorum*. Véase N. Lettinck, *Pour une édition critique del'«Historia ecclesiastica» de Hugues de Fleury*, 392, 396.

³⁸ Cfr. W. Stubbs (ed.), *The historical Works of Master Ralph of Diceto, Dean of London*.

³⁹ M. Coumert, *Origines des peuples. Les récits du Haut Moyen Âge occidental (550-850)*, 119: hablando de la *Historia de los godos* de Isidoro, califica este tipo de escritos como las primeras historias nacionales: ‘se trata de presentar un pueblo, en un marco geográfico preciso, llamado a cumplir el destino de una nación’.

⁴⁰ Véase Otón de Freising, *Gesta Friderici I. imperatoris*; Godofredo de Viterbo, *Gesta Friderici I. Los Gesta de Godofredo* fueron incluidos en una de las versiones del *Pantheon*, como la Partícula XV.

y romanos. A la vez, nos ofrece una concepción historiográfica cada vez más distante de las antiguas categorías universalistas paleocristianas.

Es digno de notar que las nuevas propuestas de periodización nacen de una reflexión que tiene que ver con la historia laica, con acontecimientos políticos y militares. Aunque persisten los personajes y los hechos que poseen una fuerte connotación salvífica, como Constantino, Carlomagno y las cruzadas, éstos se entremezclan con sucesos que se relacionan directamente con la historia secular según los espacios culturales y políticos occidentales: fundación de Roma, Rómulo Augústulo, Hugo Capeto, Guillermo el Conquistador, etc. Es decir, sin descartar el fondo trascendente del devenir humano, la historia comenzó a ser dividida por los acontecimientos profanos significativos para la sociedad y cultura del cronista.

Lo anterior se aprecia con especial nitidez en la *Crónica de Nájera*, escrita entre 1150 y 1190 por un autor desconocido, muy probablemente en el monasterio cluniacense de Santa María la Real de Nájera (La Rioja)⁴¹. El énfasis de este relato ya no está puesto en mostrar la continuidad del reino visigodo con la monarquía de Asturias sino en defender los intereses de Castilla y su destino como monarquía hispánica. La muerte de Alfonso VII en 1157 supuso la división de Castilla y León entre sus dos hijos, quienes gobernaron como Sancho III de Castilla y Fernando II de León. Al año siguiente, firmaron un tratado en Sahagún que, según toda apariencia, tendía a consolidar la independencia de ambos reinos. Bajo el gobierno de Alfonso VIII, el reino sintió aún más la necesidad de afianzar su independencia frente a las pretensiones de Fernando y de Sancho VI de Navarra. Incluso este último logró conquistar para su reino en 1162 una porción de la región castellana de La Rioja⁴². Es, pues, en esta misma época en que comienza a afirmarse una “independencia historiográfica” de Castilla que va dejando de lado a los visigodos y comienza a recabar en los fundadores del reino, como las figuras de Nuño Rasura (c. siglo IX) y Pedro Ansúrez, conde de Liébana († 1117)⁴³. Entonces, se trata de establecer los orígenes del nuevo poder castellano y legitimar la supremacía que ha ido adquiriendo a través de la Reconquista⁴⁴. La estructura que el autor dio a la *Crónica de Nájera* revela precisamente estas aspiraciones. La obra está dividida en tres libros. El libro I va desde la Creación del mundo hasta el último

⁴¹ J. A. Estévez Sola (ed.), *Chronica Naierensis*, lxxxix-xciii.

⁴² P. Linehan, *Spain 1157-1300. A Partible Inheritance*, 25-29.

⁴³ Linehan, *Spain*, 7-12. Véase también B.F. Reilly, *The Rediscovery of Count Pedro Ansúrez*, 109-126.

⁴⁴ Cfr. G. le Morvan, “La *Chronica naiarensis*: d’un néo-gothisme astur-léonais à un néo-gothisme castillan”.

rey visigodo Rodrigo († 711). El libro II abarca la época comprendida entre Pelayo y el rey Bermudo III de León († 1037). La última sección comienza con el reinado de Sancho III de Navarra y concluye con Alfonso VI de Castilla († 1109, *era* 1147). Así pues, coincidimos con Montaner Frutos en que la producción historiográfica de Santa María la Real pretendía establecer una suerte de historia hispánica, pero ya no centrada en la perspectiva goticista, tradicional en la historiografía asturleonera, sino en el creciente reino de Castilla⁴⁵. Y de paso observamos tres grandes bloques históricos relevantes: uno antiguo que incluye a los griegos, romanos y visigodos por igual, uno intermedio consagrado a describir los orígenes de la Reconquista, y uno de historia contemporánea donde Castilla asume la primacía.

Esta actitud de revisión histórica que se aprecia en los cronistas tiene que ver, en primer lugar, con el paso del tiempo. La sexta edad se hacía cada vez más extensa en espera de la parusía, y es lógico que los intelectuales comenzaran a notar las diferencias cada vez más grandes entre ellos y sus antepasados romanos o germánicos. También influyó el Renacimiento del siglo XII, el llamado “período clásico” de la historiografía medieval, como recuerda Jaume Aurell⁴⁶. Pero, sobre todo, los nuevos planteamientos se relacionan también con dos fenómenos que apuntan a un cambio de mentalidad. En primer lugar, la injerencia de concepciones políticas peculiares en la escritura de la historia, en particular la pregunta por la universalidad del *imperium* que aparecía cada vez más incompatible con el saludable desarrollo que los *regna* occidentales estaban experimentando. El siglo XII vio consolidarse la Francia de Felipe Augusto, la Inglaterra de Enrique II, la Castilla de Alfonso VII y Alfonso VIII. Como segundo punto, incide la renovación espiritual que tuvo lugar en la época. Como notó Carol Neel en relación al cronista francés Roberto de Auxerre († 1212), este fenómeno se caracterizó por la aparición de nuevas órdenes religiosas como los premostratenses, el auge de los canónigos regulares y el surgimiento de un clero secular instruido. En todos los casos, se trata de potenciales intelectuales más cercanos al mundo. Esto llevó al fin paulatino del monopolio historiográfico benedictino⁴⁷ y a la incorporación cada vez

⁴⁵ A. Montaner Frutos, “El proyecto historiográfico del *Archetypum Naiarense*”, 48-49. Mis en ligne le 17 août 2010. URL : <http://e-spainia.revues.org/18075>. Visto el 3 de enero de 2011. Según este autor, la *Crónica de Nájera* formaba parte de un vasto proyecto que se materializa en una colección armónica de textos históricos (36).

⁴⁶ Aurell et al., *Comprender el pasado*, 124. C. Orcástegui y E. Sarasa (eds.), *La historia en la Edad Media. Historiografía e historiadores en Europa Occidental: siglos V-XIII*, 134: califican el período 1050-1150 como ‘la edad de oro de la historiografía medieval’.

⁴⁷ C. Neel, “Man’s restoration: Robert of Auxerre and the writing of history in the early thir-

más frecuente de clérigos cronistas e historiadores a las cortes principescas⁴⁸.

Probablemente sería imprudente decir que en el siglo XII se estudiaba la “historia antigua” en el sentido actual del término, es decir, como una época asociada a una cultura determinada y en un marco temporal definido. En efecto, como muestra Frédéric Duval, el vocablo “Antigüedad” cobra entidad en el sentido de la “civilización de los siglos antiguos” recién en el siglo XVI⁴⁹. No obstante, las crónicas revisadas parecen indicar que sus autores eran conscientes de que el pasado remoto era distinto de su propio tiempo⁵⁰, no pertenecía a su “modernidad”. Dicho de otra forma, era historia propiamente hablando, pasada y vetusta. Por otra parte, los cronistas medievales no se contentaron con el relato del pasado concebido desde la teología por los Padres de la Iglesia, sino que comenzaron a buscar nuevas formas de presentar el transcurso del tiempo. Y esto mucho antes de los conocidos procesos de periodización de los siglos XVI y XVII efectuados por Juan Sleidan († 1556), Juan Bodino († 1596), J.B. Bossuet († 1704) y Christoph Keller († 1707); ejercicio que parece tan propio del pensamiento humanista y del primer racionalismo. Tal parece que el profesor Bernard Guenée estaba en lo correcto cuando afirmaba: ‘Hubo historiadores en la Edad Media. Hubo una historiografía medieval. Lo que falta, más bien, son los historiadores de la historiografía medieval’⁵¹.

teenth century”, 272-274.

⁴⁸ Aurell et al., *Comprender el pasado*, 124.

⁴⁹ F. Duval, “Petite enquête lexicologique sur l’Antiquité”, 19-23.

⁵⁰ A diferencia de lo que postula Eduardo Baura, *Ætates mundi sunt*, 116. Tampoco lo ve así F. Gómez Redondo, “La idea de la Antigüedad en los siglos medios”, 70: hablado del inicio de *Amadis de Gaula* y una referencia a la sexta edad, dice que ‘esta circunstancia descubre, bien a las claras, que posiblemente la Antigüedad no se sienta como tal. Hacemos notar, sin embargo, que el autor está trabajando sobre literatura en lengua vernácula. El recurso a las crónicas es muy escaso.

⁵¹ B. Guenée, “Y a-t-il une historiographie médiévale?”, 275.

Bibliografía

Annales Hersfeldenses, Annales Hildesheimenses maiores, Annales Quedlimburgenses, Annales Hildesheimenses. Pertz, Georg Heinrich et alt. (eds.), MGH, SS, 3 (1839), 4 (1841), 5 (1844).

Adón de Vienne, *De sex ætatibus mundi*. Migne, Jacques Paul (ed.), PL 123, cols. 23-138.

Agustín de Hipona, *De Genesi contra Manichæos*. Weber, Dorothea (ed.), Wien, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1998, CSEL 91.

Agustín de Hipona, *Enarrationes in Psalmos*. Dekkers, Eligius y Fraipont, Johannes (eds.), Turnhout, Brepols, 1990 (1956), CCSL 39.

Beda, *De temporum ratione liber*. Jones, Charles W. (ed.), Turnhout, Brepols, 1977, CCSL 123B.

Estévez Sola, Juan Antonio, *Crónica de Nájera*. Chronica Nainerensis, Turnhout, Brepols, 1995, CCCM 71A.

Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*. Velasco-Delgado, Argimiro (ed), Madrid, BAC, 2002.

Freculfo de Lisieux, *Chronicon*. Allen, Michael I. (ed.), Turnhout, Brepols, 2002, CCCM 169A.

Frutolfo de Michelsberg, *Chronicon*. Waitz, Georg (ed.), MGH, SS, 6 (1844), 33-265.

Frutolfo de Michelsberg y Ekkehard de Aura, *Chronicon*. Schmale, Franz-Josef y I. Schmale-Ott, Irene (eds.), Frutolfs und Ekkehards Chroniken und die Anonyme Kaiserchronik, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972.

Godofredo de Viterbo, *Gesta Friderici I*. Waitz, Georg (ed.), MGH, SS, 22 (1872), 307-334.

Godofredo de Viterbo, *Pantheon*. Pistorius, Johannes y Struve, Burkhard Gotthelf (eds.), Scriptorum rerum Germanicarum, 2, Ratisbona, Johann Conrad Peetz, 1726, tercera edición.

Godofredo de Viterbo, *Memoria seculorum*. Manuscrito París, BNF, lat. 4896, ff. 1r-163v.

Godofredo de Viterbo, "Speculum regum". Waitz, Georg (ed.), MGH, SS, 22 (1872), 21-93.

Gualterio Map, *De nugis curialium*. James, Montague Rhodes (ed.), Oxford, Clarendon Press, 1914.

Guido de Bazoches, *Chronographia*. Manuscrito París, BNF, lat. 4998, ff. 35r-64v.

Honorio Agustodunense, *Expositio in Cantica Canticorum*. Migne, Jacques Paul (ed.), PL 172, cols. 347-496.

Honorio Agustodunense, *Summa totius de omnimoda historia*. Manuscrito Viena, Österreichische Nationalbibliothek, 382, ff. 1r-89v.

Hugo de Fleury, *Historia ecclesiastica*. Waitz, Georg (ed.), MGH, SS, 9 (1851), 337-364 (parcial). Manuscritos París, BNF, lat. 4963, ff. 2r-111v (1a versión) y París, BNF, lat. 14625, ff. 1r-84v (2a versión).

Hugo de Fleury, *Liber qui modernorum regum Francorum continet actus*. Waitz, Georg (ed.), MGH, SS, 9 (1851), 376-395.

Libellus de recordatione temporum. Manuscrito París, BNF, lat. 4893, ff. 1r-59r.

Otón de Freising, *Historia de duabus civitatibus*. Hofmeister, Adolph (ed.), MGH, SS rer. Germ., 45 (1912).

Otón de Freising, *Gesta Friderici I. imperatoris*. Waitz, Georg y von Simson, Bernhard (eds.), MGH, SS rer. Germ., 46 (1912).

Pseudo-Fredegario, *Chronicarum libri IV*. Krusch, Bruno (ed.), MGH, SS rer. Merov., 2 (1888), 18-193.

Raúl de Diceto, *Abbreviationes chronicorum*. Stubbs, William (ed.), The historical Works of Master Ralph of Diceto, Dean of London, Londres, Longman & Co., 1876, vol. 1, 3-263.

Raúl de Diceto, *Ymagines historiarum*. Stubbs, William (ed.), The historical Works of Master Ralph of Diceto, Dean of London, Londres, Longman & Co., 1876, vol. 1, 291-440 ; vol. 2, 3-174.

Bibliografía complementaria

Aurell, Jaume et al., *Comprender el pasado*. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico, Madrid, Akal, 2013.

Aurell, Martin, “L’historiographie ecclésiastique en Occident (IVe -XIIe siècles): Providence, type, exemple”, en Martínez Ferrer, Luis (ed.), *Venti secoli di storiografia ecclesiastica. Bilancio e prospettive*, Roma, Edusc, 2010, 55-71.

Baura, Eduardo, *Ætates mundi sunt... La división de la historia durante la Edad Media (siglos IV a XIII)*, Madrid, Ediciones de La Ergástula, 2012.

Chazan, Mireille, “La méthode critique des historiens dans les chroniques universelles médiévales”, en Chazan, Mireille y Dahan, Gilbert (eds.), *La*

méthode critique au Moyen Âge, Turnhout, Brepols, 2006, 223-256.

Chenu, Marie Dominique, *La Théologie au Douzième Siècle*, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1957.

Coumert, Magali, *Origines des peuples. Les récits du Haut Moyen Âge occidental (550-850)*, Paris, Institut d'Études Augustiniennes, 2007.

de Lubac, Henri, *Catholicisme. Les aspects sociaux du dogme*, Paris, Les éditions du Cerf, 1983 (1938).

Dewart, Joanne McWilliam, "Augustine's struggle with time and history", en Congresso Internazionale su s. Agostino nel XVI Centenario della conversione. Roma, 15-20 settembre 1986, Roma, Institutum Patristicum «Augustinianum», 1987, vol. II, 467-482.

Duval, Frédéric, "Petite enquête lexicologique sur l'Antiquité", en Blondeau, Chrystèle y Jacob, Marie (eds.), *L'Antiquité entre Moyen Âge et Renaissance. L'antiquité dans les livres produits au nord des Alpes entre 1350 et 1520*, Paris, Presses Universitaires de Paris Ouest, 2011, 19-44.

Ernout, Alfred y Meillet, Antoine, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Paris, Klincksieck, 2001.

Fontaine, Jacques, Isidoro de Sevilla: *Génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempo de los visigodos*, Madrid, Encuentro, 2002.

García de Cortázar, José Ángel, "El Renacimiento del siglo XII en Europa: Los comienzos de una renovación de saberes y sensibilidades", en Gobierno de Navarra (ed.), *Renovación intelectual del occidente europeo (siglo XII)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, 1998, 29-62.

Gilson, Étienne, *L'Esprit de la Philosophie Médiévale*, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1932.

Gómez Redondo, Fernando, "La idea de la Antigüedad en los siglos medios", en Fernández González, Etelvina (ed.), *El mundo antiguo visto por el hombre medieval. II Jornadas de Estudios Medievales*, León, Universidad de León, 2013, 59-92.

Goetz, Hans Werner, "The Concept of Time in the Historiography of the Eleventh and Twelfth Centuries", en Althoff, Gerd; Fried, Johannes; y Geary, Patrick J. (eds.), *Medieval Concepts of the Past. Ritual, Memory, Historiography*, Washington D.C.-Cambridge, German Historical Institute-Cambridge University Press, 2002, 139-165.

Guenée, Bernard, "Histoire, annales, chroniques. Essai sur les genres historiques au Moyen Âge", en Guenée, Bernard (ed.), *Politique et histoire au Moyen Âge. Recueil d'articles sur l'histoire politique et l'historiographie médiévale*

(1956-1981), Paris, Publications de la Sorbonne, 1981, 279-298.

Guenée, Bernard, "Y a-t-il une historiographie médiévale?", *Revue Historique*, 258 (1977), 261-275.

Le Goff, Jacques, "What did the Twelfth-Century Renaissance Mean?", en Linehan, Peter y Nelson, Janet, *The Medieval World*, London, Routledge, 2003 (2^a ed), 635-647.

Le Morvan, Gaël, "La Chronica naiarenensis: d'un néo-gothisme astur-léonais à un néo-gothisme castillan", *e-Spania* [En ligne], 7 (2009). Mis en ligne le 21 février 2010. URL: <http://espania.revues.org/18028>.

Lettinck, Nico, "Pour une édition critique de l'«Historia ecclesiastica» de Hugues de Fleury", *Revue Bénédictine*, 91 (1981), 386-397.

Linehan, Peter, *Spain 1157-1300. A Partible Inheritance*, Oxford, Blackwell Publishing Ltd, 2008.

Martín, José Carlos, "La tradition indirecte de la Chronique d'Isidore de Seville", *Revue d'Histoire des Textes*, 31 (2001), 167-225.

Momigliano, Arnaldo, *Contributions à l'histoire du judaïsme*, Nîmes, L'éclat, 2002 (1987).

Montaner Frutos, Alberto, "El proyecto historiográfico del Archetypum Naiarense", *e-Spania* [En ligne], 7 (2009). Mis en ligne le 17 août 2010. URL: <http://e-spania.revues.org/18075>.

Neel, Carol, "Man's restoration: Robert of Auxerre and the writing of history in the early thirteenth century", *Traditio*, 44 (1988), 253-274.

Orcástegui, Carmen y Sarasa, Esteban (eds.), *La historia en la Edad Media. Historiografía e historiadores en Europa Occidental: siglos V-XIII*, Madrid, Cátedra, 1991.

Paul, Jacques, *Histoire intellectuelle de l'occident médiéval*, Paris, Armand Colin, 1998.

Reilly, Bernard F., "The Rediscovery of Count Pedro Ansúrez", en Barton, Simon y Linehan, Peter (eds.), *Cross, Crescent and Conversion. Studies on Medieval Spain and Christendom in Memory of Richard Fletcher*, Leiden-Boston, Brill, 2008, 109-126.

Stelling-Michaud, Sven, "Quelques aspects du problème du temps au moyen âge", *Études suisses d'histoire générale*, 17 (1959), 7-30.

Von den Brincken, Anna Dorothee, "Die lateinische Weltchronistik", en Randa, Alexander (ed.), *Mensch und Weltgeschichte. Zur Geschichte der Universalgeschichtsschreibung*, Salzburg-München, Pustet, 1969, 43-58.